

El Adviento desde una perspectiva vicenciana, Parte 2: Esperanza en la Encarnación: Un Dios cercano a los pobres

El misterio de la Encarnación está en el núcleo de la fe cristiana. En él, reconocemos a un Dios que no se mantiene distante, sino que elige acercarse, asumiendo la condición humana para habitar entre nosotros. La Encarnación no es sólo un concepto teológico, sino una expresión tangible de la solidaridad de Dios con la humanidad, especialmente con los pobres y vulnerables. Para la espiritualidad vicenciana, esta realidad adquiere un significado profundo, ya que nos llama a ver el rostro de Cristo en los pobres y a servirles con amor y compasión, particularmente durante el tiempo de Adviento, un tiempo de espera y expectación.



La Encarnación: el gesto de proximidad de Dios

La Encarnación de Cristo es un acto radical de amor. Dios, en la persona de Jesucristo, entra en la historia humana no como un rey poderoso, sino como un niño nacido en un humilde pesebre, en medio de la pobreza. Este acto de humildad divina expresa el deseo de Dios de estar cerca de los que sufren, de los marginados y de los que a menudo son olvidados por la sociedad. San Vicente de Paúl, que dedicó su vida al servicio de los pobres, reconoció esta profunda conexión entre la Encarnación y los pobres. Una vez dijo: *«Amemos a Dios, pero que sea a costa de nuestros brazos, que sea con el sudor de nuestra frente».* (SVP ES XI, 733)

Esta cita subraya que el verdadero amor a Dios se expresa en la acción, especialmente en el servicio a los pobres. Para San Vicente, amar a Dios y amar a los pobres eran inseparables, porque Cristo está presente en los pobres. Por tanto, la Encarnación no es sólo un acontecimiento histórico, sino una realidad actual, que nos invita a encontrar a Cristo en los vulnerables y a ser instrumentos del amor de Dios hacia ellos.

Adviento: tiempo de espera activa

Tradicionalmente, el Adviento se entiende como un tiempo de espera, pero no es una espera pasiva. Es un tiempo de preparación activa para la venida de Cristo, tanto en su nacimiento como en su segunda venida. La perspectiva vicenciana refuerza esta concepción recordándonos que Cristo ya está presente entre nosotros en la persona de los pobres. San Vicente enseñó a sus seguidores que el servicio en favor de los pobres no es sólo una acción caritativa; es un encuentro con Cristo mismo. En la famosa película «*Monsieur Vincent*» (1947), San Vicente dice algo que, aunque no encontramos en sus escritos, coincide perfectamente con sus sentimientos: *Verás que la caridad es una carga pesada de llevar, más pesada que el plato de sopa y la cesta llena. Pero debes conservar tu dulzura y sonrisa para con los pobres. Ellos son tus amos.*

Estas palabras nos invitan a ver el Adviento como algo más que un tiempo de reflexión espiritual. Es una llamada a la acción a preparar no sólo nuestros corazones, sino también nuestras manos para servir. A través de este servicio es como nos preparamos para la venida de Cristo porque, al servir a los pobres, estamos preparando un lugar a Cristo en nuestras vidas. El tiempo de Adviento se convierte en un momento para reflexionar sobre cómo podemos servir mejor a los necesitados, no por obligación, sino por amor a Cristo, que se identifica con los pobres.

Descubrir a Cristo en los pobres

Frederic Ozanam, un laico inspirado por el ejemplo de San Vicente, también reconoció la importancia de encontrar a Cristo en los pobres. Fue cofundador de la Sociedad de San Vicente de Paúl, que aún hoy es un pujante movimiento de laicos al servicio de los necesitados. Ozanam creía que los pobres no son sólo receptores de nuestra caridad, sino portadores de la presencia de Cristo. Escribió: «*A los pobres los vemos con los ojos de la carne, están ahí y podemos meter el dedo de la mano en sus llagas y los rasguños de la corona de espinas son visibles sobre su frente; y en este punto la incredulidad ya no tiene lugar, y deberíamos caer a sus pies y decir con el Apóstol: 'Tu est Dominus et Deus meus', ¡Vosotros, los pobres, sois mi Señor y mi Dios!*». (Carta a Louis Janmot, 13 de noviembre de 1836).

Esta contundente afirmación da vida a la realidad de la Encarnación. Cristo no es una figura lejana del pasado, sino que está presente aquí y ahora en el sufrimiento de los pobres. Encontrarse con los pobres es encontrarse con Cristo vivo, y éste es el corazón de la espiritualidad vicenciana. El Adviento es un tiempo para renovar nuestra convicción de esta verdad y para comprometernos a vivirla de manera práctica. Nos llama a abrir los ojos al sufrimiento que nos rodea y a verlo como una invitación al encuentro con Cristo.

La esperanza en la encarnación: una fuente de fortaleza

La esperanza que trae la Encarnación no es sólo una vaga esperanza en un futuro mejor. Es una esperanza concreta arraigada en el hecho de que Dios está con nosotros, especialmente en nuestros momentos más oscuros. Los pobres, que a menudo se enfrentan a las realidades más duras de la vida, son testigos vivos de la esperanza de la Encarnación. A pesar de su sufrimiento, nos recuerdan que Dios está cerca, que es el Emmanuel, «Dios con nosotros». San Vicente de Paúl hablaba a menudo de cómo los pobres son nuestros maestros. Nos enseñan paciencia, humildad y, sobre todo, esperanza.

En el tiempo de Adviento, se nos invita a contemplar esta esperanza y a dejar que nos transforme. La esperanza de la Encarnación nos da fuerzas para seguir trabajando por la justicia, para seguir sirviendo a los necesitados y para seguir creyendo que el Reino de Dios está irrumpiendo en el mundo, aunque sea de forma sencilla y humilde. Es una esperanza que nos sostiene, especialmente cuando las cargas de la vida parecen abrumadoras.

Una llamada a la reflexión y a la acción

El misterio de la Encarnación nos invita a una relación más profunda con Dios y con los pobres. Nos impulsa a ver a Cristo en los rostros de los que sufren y a responder con amor y compasión. En este tiempo de Adviento, dediquemos un tiempo a reflexionar sobre cómo vivimos esta llamada en nuestra vida cotidiana. ¿Vemos realmente a Cristo en los pobres? ¿Les servimos con el amor y la dignidad que merecen? Mientras nos preparamos para la Navidad, recordemos que el mayor regalo que podemos ofrecer a Cristo es nuestro servicio a los necesitados.

Preguntas para la reflexión personal y comunitaria

1.
 1. ¿Cómo podría ser más sensible a la presencia de Cristo en los pobres y marginados que me rodean durante este tiempo de Adviento?
 2. ¿De qué formas me veo llamado a servir a los pobres con más amor y compasión, reconociéndolos como portadores de la presencia de Cristo?
 3. ¿De qué manera la esperanza de la Encarnación me fortalece en los momentos de dificultad, y cómo puedo compartir esa esperanza con los demás, especialmente con los más vulnerables?